

Lección 6

20 de enero de 1965

Tengo que avanzar en ese problema para el psicoanálisis, que es el de la identificación. Identificación que representa en la experiencia, en el progreso, en el paso que aquí intento hacerles dar en la teoría, la pantalla que nos separa de este objetivo que es el nuestro en tanto no resuelto y que el año pasado señalamos como el momento necesario a falta del cual queda en vilo la calificación del psicoanálisis como ciencia. Dije: *el deseo del psicoanalista*.

En una topología intento asir, en una especie de haz, de reunión de hilos más simples que todo lo que les manifiestan las vueltas y revueltas, el laberinto de la lógica moderna de la identificación, en la medida en que entre clases, relaciones y números, ve escabullirse ante sí, como la bolita bajo los tres vasos, aquello que se trata de captar sobre la enunciación de lo idéntico.

Asimismo, para facilitarles el acceso a nuestro camino de hoy, acaso partiré de la forma más difundida para cernir, desde hace dos siglos, hay que decirlo, este problema de la identificación: la imagen del círculo de Euler, tan cautivante que no hay estudiante que no haya abierto, que no se haya acercado a un libro de lógica, que pueda, si puedo decirlo así, librarse de su simplicidad. En efecto, se funda sobre lo más estructural, y si es engañosa es precisamente porque su falsa simplicidad se asienta sobre lo que se llama un punto particular, un punto privilegiado de la topología.

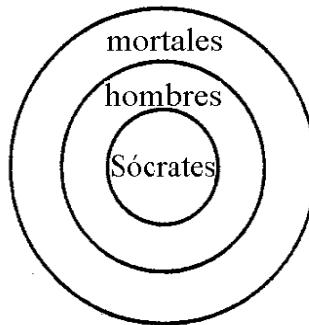


Fig. VI-1

El círculo que define la clase, círculo a su vez incluido, excluido, coincidente con otro círculo, hasta varios, que supuestamente representan también los atributos de la clase que se busca identificar, ¿acaso necesito reproducir en el tablero algo que ya, creo, fue trazado cuando abordé por primera vez el silogismo cuya conclusión “Sócrates es mortal”...? Sócrates... los hombres... los mortales... Todo un gran buen siglo (lo contrario de lo que, de hecho, se llama el siglo del genio) se fascinó con este extraordinario engañoso forjado por Euler a la moda de su época, tal como lo demuestran las innumerables obras publicadas en ese siglo sobre ese tema, fascinados con esta obra aparentemente impensable para ellos que era la educación de las mujeres. Esos círculos de Euler que ahora llenan sus manuales fueron forjados para una mujer, princesa además. Tal preocupación, tan tenaz, oculta siempre una subestimación del sujeto al que se apunta que porta lo suficiente esas marcas

en todas las obras que se titulen con este fin, e igualmente, creo, es en la medida en que Euler, que no era en absoluto un espíritu mediocre, pensaba que le hablaba a doble título a una retrasada, que hizo circular esos atractivos círculos, pero sobre los cuales espero mostrarles que dejan escapar lo más esencial de lo que suponen captar.

Asimismo, ¿no sorprende acaso que sea en un tiempo en el que la figura estaba en cierta forma integrada a la imagen mental común de la esfera, que se pueda operar con un círculo como se lo hizo en los tiempos romanos del círculo de Popilo sin preocuparse de que resulte, si se piensa, que ese círculo delimita, según la superficie sobre la cual se lo trace, campos de valencias que pueden ser muy diferentes y, en lo que concierne a la esfera, delimita exactamente lo mismo en el exterior y en el interior? Por muy pequeño que tracen el círculo en torno a mí, puedo decir que lo que encierran es todo el resto de la máquina redonda. Entonces, tengamos un poco de cuidado antes de manejar el círculo y sobre todo no olvidemos que su mayor mérito en este caso es darnos, con su forma, una especie de sustituto de lo que llamé, en el sentido en que lo hice llegar, la *comprensión*, en el doble sentido de comprensión verdadera, conceptual, de *Begriff*, aquello sobre lo que la *Begriff* vuelve a cerrarse, es este asidero cuya imagen da el círculo en tanto es (esto lo introduce la última vez) el corte de esta parte tórica de nuestra superficie sobre la que recaerá nuestro discurso de hoy, en parte, y por otra parte, al dar de esta comprensión únicamente una imagen, que es además soporte de todos los sueños, y en particular de que extensión y comprensión puedan confundirse, de que en el círculo se imagine el conjunto numérico de los objetos sin subrayar las condiciones que implica que entre en juego el número y que son radicalmente diferentes de las características clasificadorias, por lo menos en aquello que nos permite aprehenderlo en la función de significación.

La localización numérica es de otro orden, éste es un campo en el que no me adentraré hoy, porque es precisamente el tipo de asunto que he querido reservar para la parte cerrada de este curso, que llevará el nombre de seminario, quiero decir, que la homología de la función que toma el nombre del número (el nombre del número en tanto no podría distinguírselo de la función del número entero), la homología en el sentido en que es más sorprendente aún, más necesario que en las indicaciones que ya pude empezar a darles sobre la función del nombre, en tanto cubre algo, en tanto cubre precisamente un círculo pero de naturaleza muy especial, círculo privilegiado que marca el nivel de reflexión de la superficie de la botella de Klein en tanto que ésta es superficie de Moebius, el número, dado su cuerpo ocupa ahí, de manera evidente, evidente para el análisis de su estructura, para los problemas que le plantea al matemático... Ustedes saben que el matemático, en su ímpetu moderno, no podría tolerar que algún punto de su lenguaje no pueda, no esté construido de tal manera que no capte al mismo tiempo varios tipos de objetos heterogéneos. Los privilegios, las resistencias de la función del número entero a esta generalización matemática (aquí pongo términos entre comillas para no introducir una referencia más técnica) es lo que resulta problemático para el matemático; esto lo ha llevado a hacer esfuerzos considerables y el asunto es saber si han tenido éxito en homogeneizar la función del número con la de las clases. Espero que esto sea lo que se trate durante nuestro próximo encuentro, encuentro cerrado, aquí, a manera de seminario.

Que me baste aquí con indicar, en conexión con la figura del círculo, que se llega, justamente al seguir la indagación matemática, que se llega a un esquema estrictamente homólogo a aquel que planteo aquí al darles el significante como representante del sujeto

para otro significante. La teoría matemática que representa tanto la solución (esto es lo que cuestiono) como el tope, tal vez resulte más verdadero decirlo, de este intento de reducir, de resolver la función del número entero en el lenguaje matemático, desemboca en la fórmula siguiente, esquematizada exactamente de la misma forma en que les muestro cómo el sujeto en cierta forma se transporta de significante en significante, representando cada significante para aquel que lo sigue; bajo el *uno*, es del cero de lo que se trata para la serie de los uno que vendrán, en otras palabras, el descubrimiento condicionado por la investigación lógico-matemática más reciente, el descubrimiento de la necesidad de que el *cero*, la falta, sea la razón última de la función del número entero; que el *uno* originalmente lo representa, y que la génesis de la diáada es para nosotros muy distinta de la génesis platónica, por el hecho de que la diáada está ya en el uno en la medida en que el *uno* es lo que representará al *cero* para otro *uno*.

Cosa singular ésta, que hace y que lleva en sí, sobre todo número n la necesidad del $n + 1$, justamente por ese *cero* que allí se agrega. Cosa extraordinaria: se necesitaron los largos rodeos del análisis matemático para algo que se da, en la experiencia del niño, para infatuación de los pedagogos que incluyeron en el nivel de los *tests* de minusvalía mental, de insuficiencia en el desarrollo, al niño que dice “tengo tres hermanos: Pablo, Ernesto y yo”¹⁴, como si justamente no se tratara de eso, a saber, que “yo” debe estar aquí en dos lugares, en el lugar de la serie de hermanos y también en el lugar de quien enuncia. Este niño sabe más de eso que nosotros, y cuando intenté reproducir con mi nieto, y en cierta forma poner a prueba, honestamente, con una niñita de cuatro años y medio, los primeros balbuceos, no de la enunciación del número sino de su utilización, pude sorprenderme de que Piaget no saca provecho en ninguna parte (con seguridad Piaget es alguien que no deja de tener una cultura suficiente en el campo de la lógica), que Piaget no saca provecho en ninguna parte de esto que se hace brotar, precisamente al nivel en que se pretende reducir el abordaje que hace un niño pequeño de la numeración de los objetos a un tanteo sensoriomotor, precisamente con una niñita de cuatro años y medio que probablemente no sabe (digo probablemente porque nunca se sabe a ciencia cierta) que no sabe contar más allá de diez, jugando con ella según las fórmulas mismas de Piaget, a saber, con esos famosos cubiertos, cuchillos y platos que se trata de aparejar siguiendo precisamente las vías definidas teóricamente por la primera formación del número, no obstante, poniéndola a prueba sobre el conteo, ante tres vasos, me dice:

- Cuatro.
- A ver, ¿de verdad?
- Sí, dice ella: uno, dos, tres, cuatro, sin ningún tipo de duda.

El cuatro es el cero de ella por cuanto es a partir de ese cero que ella cuenta porque, por muy cuatro años y medio que tenga, ella es ya el pequeño circulito, el hueco del sujeto.

Ese círculo... ese círculo del que esta mañana busqué o, más bien, le pedí a alguien que me buscara ese famoso texto de Pascal que no quería evocar aquí sin rogarles que se remitieran a él, sin haberlo yo mismo releído. Gracias a los cuidados de innumerables universitarios que se encargaron, cada cual, de volverle a dar su reclasificación personal a esos *Pensamientos*, que nos fueron entregados en una carpeta cuyo desorden se bastaba a sí mismo, se necesitan en general tres cuartos de hora para encontrar, en cualquiera de esas ediciones, la cita más sencilla. Alguien gastó por mí esos tres cuartos de hora, lo cual me

permite señalarles que en la gran edición, la edición Havet, encontrarán en la página 72 de los *Pensamientos* la referencia a esta famosa esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna.

Esto es importante porque, dios sabe que Pascal es amigo nuestro, y amigo nuestro, si puedo decirlo, a la manera como lo es quien nos guía en todos nuestros pasos, neurótico como lo era. Esto no es para disminuirlo (ustedes saben que aquí no damos en la nota de la psicopatologización del genio), pero, bueno, basta con abrir las memorias de su hermana para ver hasta qué punto su angustia y sus abismos y todo este horror del que estaba rodeado, pudo arraigarse en la aversión de la que da fe tan precozmente y sorprende ver el testimonio que la hermana da al respecto, que seguramente al darnos testimonio no comprende absolutamente nada de lo que dice (evidentemente es la mejor condición para dar crédito al testimonio). El horror de Pascal, llevado hasta el pánico, hasta la crisis, a la crisis negra, a las convulsiones, cada vez que veía acercarse la amorosa pareja parental a su cama, es no obstante algo que merece tenerse en cuenta, con la condición por supuesto de estar en capacidad de plantearse la pregunta de saber qué límites debe imponerle la neurosis al sujeto. No son obligatoriamente límites adaptativos, como se dice, sino tal vez rodeos metafísicos, y por eso es que ese mismo hombre, a quien le debemos ese ejemplo de audacia prodigiosa que constituye esa famosa apuesta de la cual se han dicho tantas estupideces hasta desde el punto de vista de la teoría de la probabilidad, pero a la cual basta con acercarse para ver que es precisamente el intento desesperado por resolver la pregunta que aquí intentamos destacar: la del deseo como deseo del gran Otro. Esto no impide ni que esta solución sea un fracaso ni tampoco que Pascal, cuando nos formula su esfera infinita cuyo centro está en todas partes, demuestre precisamente tropezar con el plano metafísico. Quienquiera que sea metafísico sabe que es al contrario y que si hay esfera infinita (lo cual no está demostrado, seguramente), en la superficie en cuestión, la circunferencial está por todas partes y el centro en ninguna. Es de esto que espero convencerlos, con la aprehensión de esta topología.

En efecto, para retomar lo que les señalé la vez pasada, si lo que gobierna lo que sucede al nivel del sujeto es el juego de esta superficie, si el sujeto ha de concebirse como tope [*butéeⁱ*] por las envolturas y también por las reversiones, por los puntos de reversión de esta superficie, él no conoce ni la superficie misma, si puedo decirlo, ni esos puntos de reversión. Es justamente el hecho de que, por estar implicado en esta superficie, no pueda conocer nada sobre ese círculo de rebotadurasⁱⁱ siendo él mismo, que se plantea la pregunta desde dónde podemos captar la función de ese círculo privilegiado, sobre el cual les dije que no había que concebirlo de manera intuitiva; no se necesita que sea un círculo. Se lo puede alcanzar, así como el círculo, a través de un corte, pero noten que si realizan este corte, la superficie ya no conserva nada de su especificidad, todo se pierde, la superficie se presenta igual, semejante en todo a un toro al que le hubiesen hecho el mismo corte.

ⁱ Tope de retención, estribo, contrafuerte. Muy probablemente es un error, tal como lo señala Michel Roussan con un <?> al margen. Si se tratara del adjetivo buté/e y el error fuera la transcripción del género, el diccionario arroja “porfiado, da; terco, ca”.

ⁱⁱ *Cercle de rebroussements* : círculo de retrocesos, con retrocesos, dando media vuelta, con sentidos contrarios a la dirección natural, a contrapelo. Un *point de rebroussement* es el punto doble de una curva donde las dos tangentes se confunden.

La pregunta por lo que sucede al nivel del círculo de reversión, es a lo que hoy quiero intentar hacer que se aproximen, en la medida en que ahí podemos captar (dejo pasar el término, le pongo comillas para hacerme entender) el modelo de lo que nosotros interrogamos con la función de la identificación.

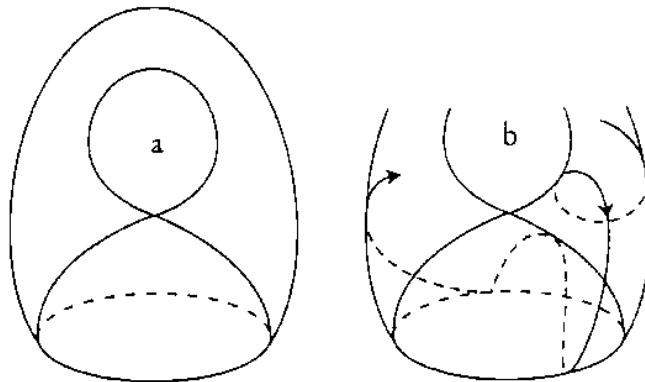


Fig. VI-2

La última vez recordé que las espiras de una traza prolongada sobre la superficie externa de la botella de Klein (que aquí ven representada entera a la izquierda, representada sólo parcialmente a la derecha [figura VI-2], a saber, en el punto en el que nos interesa en las inmediaciones de lo que acabo de llamar círculo de reversión, o de rebotadura, como lo entiendan ustedes), las espiras de la demanda con su repetición en un toro sencillo (tal como ya lo desarrollé ampliamente en otra ocasión, y precisamente en relación con la estructura del neurótico), llegarán a volver sobre sí mismas, coincidiendo o sin coincidir, o aún sin tener que coincidir, simplemente prolongándose como tal como resulta fácil figurarlo, una vez que se le ha dado la vuelta completa al toro, insertándose dentro de esas espiras precedentes, podrá proseguir indefinidamente sin que nunca aparezca, al contar las vueltas, esta serie de giros suplementarios realizados al darle la vuelta al toro y la vuelta, si quieren, de su hueco central.

Aquí, en la botella de Klein, ¿qué vemos producirse? Ya se los dije la vez pasada, y el esquema que acabo de figurárselos hoy les muestra que, por una necesidad interna de la curva, esos giros de la demanda, sobre el círculo de reversión, al deber necesariamente reflejarse de un borde al otro de ese círculo para permanecer en la superficie misma, en el punto, en el campo de la superficie en la que se trama, llegará necesariamente, habiendo franqueado según la (pueden verlo, les representé su incidencia mínima), según, desde su perspectiva, un semicírculo, habiendo franqueado este paso, teniendo siempre que franquearlo un número impar de semicírculos, reaparecerá del otro lado tórico de la botella de Klein girando en sentido contrario. Lo que estaba a la derecha, ya que es de ahí que hacemos partir, como les indican las puntas de flecha que vectorizan ese trayecto, a la derecha, digamos que giramos en el sentido de las agujas de un reloj, si nos ubicamos convenientemente. Conservando el mismo lugar, es en el sentido contrario de las agujas de un reloj que viene a operar el movimiento de la espiral.

Ahora bien, esto, esto para nosotros es, en cierta forma gracias al favor aquí recibido que nos ofrece esta figura topológica, que nos entrega el nudo, si puedo decir, intuitivo, ya que se lo represento con una figura, pero que no necesita en absoluto de esta figura que yo podría simplemente, de una manera que les resultaría más oscura, más opaca, apoyarla para ustedes sobre un dispositivo reducido a ciertos símbolos algebraicos, agregándole vectores,

y que resultaría mucho más opaca para la representación de ustedes. Entonces, esta figura, con su recurso intuitivo, la destino a permitirles captar la coherencia que hay en ese punto (si lo definimos, si lo determinamos como cerniendo las condiciones, los favores y también las ambigüedades y por lo tanto los sueños de la identificación), a hacerles captar también la conexión de ese punto, y que le da su verdadero sentido, con lo que constatamos en nuestra experiencia, lo cual es para nosotros la clínica, la clínica analítica, lo cual es tan forzado para nosotros, que hemos debido modelar allí nuestro lenguaje, a saber, la reversibilidad esencial de la demanda, lo cual hace que, en el juego dinámico, de complejos, no hay, por ejemplo, fantasma de devoración al que no le supongamos que implique, que necesite en cierto momento (momento que por fuera de esta teoría resulta oscuro en su inversión propia), digo, que resulte en esta inversión y que ordene el paso al fantasma de ser devorado. Captar la coherencia con el punto focal, con todas las determinantes que nos permitirán anudar la localización de ese punto focal, captar la coherencia de ese hecho de experiencia con lo que llamamos de manera tan confusa la *identificación*, precisa al mismo tiempo qué pasa con tal o cual identificación, con esta y no con otra. Ahí está en qué avanzamos y qué comanda nuestro paso.

Una cosa queda segura, les hablé de las espirales de la demanda, me permitirán no explicar ya más, puesto que es asimismo algo accesible, quiero decir, no muy difícil de concederme, simplemente probando sus consecuencias; no puedo aquí proseguir un discurso que se construye (salvo transformando completamente la naturaleza de lo que les enseño) si no se da un salto lógico.

Lo que llamaremos un enunciado en el sentido en que nos interesa, en el sentido en que tiene incidencias de identificación (no digo ahí identificación analítica sino identificación analítica y conceptual), es algo que, en efecto, queremos simbolizar claramente con un círculo, excepto porque nuestra topología nos permite distinguirlo estrictamente del círculo de Euler, a saber, que no hay que plantear contra éste la objeción que pudimos plantear hace poco, a saber, que ese círculo, al no precisar en qué superficie descansa, puede definir dos campos estrictamente equivalentes en el interior y en el exterior. Además, el círculo de Euler, para ser llevado aparentemente sobre un plano (quiero decir, que no se especifica nada al respecto), no obstante tiene manifestamente la capacidad de deberse reducir a un punto. Un círculo que, a la manera de las espiras de nuestra demanda, da el giro de la parte tórica, ya sea del toro o de la botella, es un círculo que no tiene esa propiedad, ni el uno ni la otra; primero, no define dos campos equivalentes, por la simple razón de que sólo define uno: abrir la botella o abrir el toro con la ayuda de un corte así circular [Figura VI-3a], es

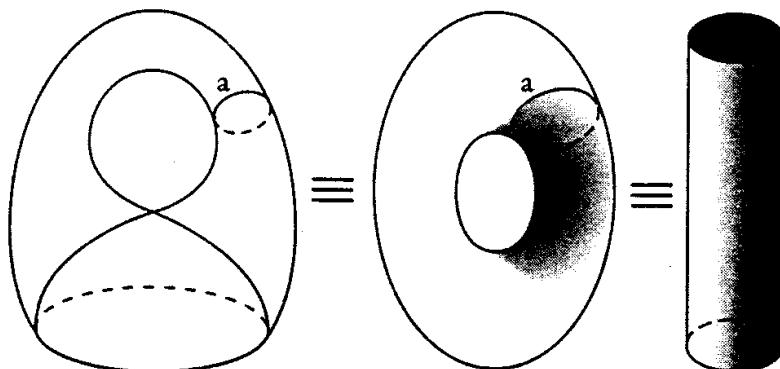


Fig. VI-3

simplemente hacer un cilindro en ambos casos; además, ese círculo no puede reducirse a un punto. Lo que nos interesa es para qué puede servirnos un círculo definido de esta manera. Ese círculo es el que va a permitirnos precisamente discernir lo que nos interesa sobre las funciones de la identificación. Digamos que, según ese círculo, que como ven es un corte, ya no es un borde, vamos a intentar ver qué pasa con las proposiciones nuestras, las que nos interesan: las proposiciones de la identificación.

Tal como se los mostré una vez, para pasar a la práctica, podemos inscribir la proposición predicativa (como se dice para caracterizarla gramaticalmente), pues es la proposición más sencilla, la que apareció de primera en la tradición, respecto a la identificación, podemos inscribirla en el contorno de ese círculo.



Fig. VI-4

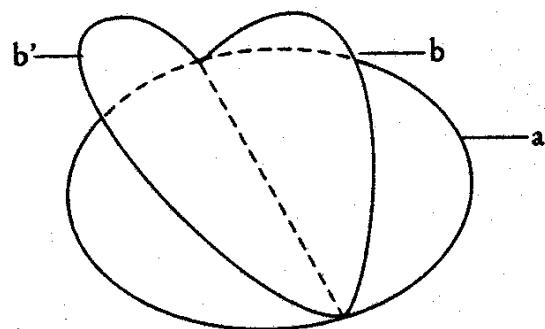


Fig. VI-5

En ese círculo así escrito podemos, tal como está ahí por ejemplo [Figura VI-4] (no tengan en cuenta aún ni las letras ni la función de esta línea diametral), podemos escribir “todos los hombres son mortales”. El “son mortales” debería haber sido escrito seguidamente; habría debido escribirlo también al revés, pero eso no habría agregado nada. También podemos escribir “Sócrates es mortal”. Se trata de saber qué hacemos al articular esos enunciados que, según el caso, llamaremos predicación, juicio o concepto. Aquí es donde puede servirnos el caso particular en el que opera ese círculo, que debe reflejarse en lo que llamé hace poco el círculo de retroceso en la botella de Klein.

Ven entonces que al figurar en azul ese círculo de retroceso [Figura VI-5 en a], el otro círculo está hecho de una línea que viene a reflejarse en su borde [en b], para retomar su trazado sobre la otra parte de la superficie [en b'], aquella que el círculo de retroceso separa de la primera. Pero si así sucede, la primera mitad del círculo, la que era exterior a la primera mitad de la superficie tal como acabo de definirla así, continúa al contrario en el interior de la misma superficie si consideramos que el interior (esto es el interior de la botella de Klein [figura VI-6]), en resumen, que a ese nivel las dos mitades del círculo no son homogéneas; que desde el punto de vista de la identificación no es en el mismo campo (salvo si se quiere uno enceguecer a toda costa, tal como es la función del lógico formal), que no es en el mismo campo, en el sentido en que nos interesa, que se plantean el “todos los hombres” y el “son mortales”; que se plantean el “Sócrates” y el

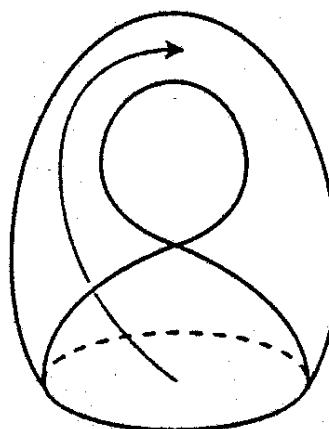


Fig. VI-6

“es mortal”; que no se dice que por adelantado el “Sócrates” no deba distinguirse, en su función misma, lógica, de lo que sería el sujeto de una clase definida simplemente como predicativa. ¿Y quién no siente que no se trata de algo muy diferente cuando se dice que un hombre o todos los hombres son mortales, que no se trata de algo totalmente diferente a definir, por ejemplo, la clase de las ocas blancas? Hay una distinción radical que aquí se impone, que sostendremos con el vocabulario filosófico como podamos, que la distinción de las cualidades, por ejemplo, y de un atributo seguramente no es, no es homogénea, lo cual no significa de hecho que la clase de las ocas blancas no nos plantea problemas, en la medida en que el uso de la metáfora nos dará mucha guerra al calcular qué pasa con la prioridad de la pajarería o de la blancura.

Y seguramente la clase de las ocas blancas puede reducirse de manera diferente a la de la definición que nos hace articular que todos los hombres son mortales. Al hablar de todos los hombres como mortales, no hablamos de una clase que especifica, entre las demás, a los mortales humanos. Hay otra relación del hombre con el ser mortal, y es precisamente esta que se halla en suspenso a propósito de la cuestión de Sócrates. Porque podemos cansarnos de evocar los problemas que pueden parecernos rebatidos y sentir su olor de escuela en lo que respecta a la universal afirmativa, a saber, ¿hay un universal del hombre? O bien, ¿en este caso *el hombre* quiere decir simplemente, tal como se esfuerza en plantearlo la lógica de la cuantificación, *cualquier hombre*? ¡Es que esto no es en absoluto lo mismo! Pero así mismo, ya que aún nos hallamos en ese tema en los debates de la escuela, tal vez, nosotros que tenemos un poco más de prisa y que podemos sospechar tal vez que en alguna parte hay extravío, replantearemos la pregunta al nivel del nombre propio, y preguntaremos si va de suyo, aún admitiendo que todos los hombres sean mortales, que se trate de una verdad que se presenta ella misma suficientemente como para que no debatamos sobre el sentido de la fórmula; si al partir de ahí es legítimo decir, concluir, deducir, que Sócrates es mortal. Porque no dijimos “el hombre cualquiera, que tal vez se llama Sócrates, es mortal”; dijimos “Sócrates es mortal”. El lógico va sin duda demasiado rápido. Aristóteles no se saltó ese paso, pues sabía lo que decía tal vez mejor que los que lo siguieron, pero muy pronto en la escuela escéptica, estoica, el ejemplo se volvió común. ¿Y por qué se dio con tanta facilidad el salto a decir Sócrates es mortal?

Aquí no pude señalarles (porque después de todo, los dispenso de ello así como de muchas otras cosas) que en la escuela estoica se dio justamente un paso en torno al cual viró el sentido acordado como tal al término *nombre propio*: La ὄνομα, como opuesta a la πῆσις, a saber, como una de las dos funciones esenciales del lenguaje. La ὄνομα, en tiempos de Platón y Aristóteles, así como de Protágoras y también en el *Cratilo*, la ὄνομα, se llama, cuando se trata del nombre propio, la ὄνομα χύριον, lo cual quiere decir el nombre por excelencia. Sólo con los estoicos el ἴδιον toma el aspecto del nombre que, les pertenece particularmente, les gana de mano. Y eso es justamente lo que permite esta falta de lógica, pues en verdad si preservamos la originalidad de la función de nominación, entiendan con esto en dónde se valoriza al máximo esta función propia del significante que consiste en no poder identificarse consigo mismo, lo que, con seguridad, viene a culminar en la función de la nominación, ese Sócrates, que es al mismo tiempo un *susodicho*ⁱⁱⁱ y un *otrodicho*^{iv} (el que se declara como Sócrates y el que otros, otros que son los elementos de

ⁱⁱⁱ *soi-disant*

^{iv} *autre-disant*

este linaje, encarnados o no, están cubiertos con el nombre Sócrates) es lo que no puede tratarse de una forma homogénea con cualquier cosa que pueda incluirse bajo la rúbrica de “todos los hombres”. Intentemos ver esto más de cerca. Está claro que el veneno, yo diría la agresión de ese silogismo particular, está por entero en su conclusión, y asimismo no habría sido elevado a este valor de ejemplo clásico si no incluyese en sí ese algo que se satisface con el placer de reducción que siempre experimentamos nosotros cuando se trata de un escamoteo cualquiera, porque a fin de cuentas, siempre se trata de lo mismo, a saber, de la función del sujeto que habla. Y volver necesario decir simplemente que Sócrates es mortal porque todos los hombres lo son, es escamotear también lo siguiente: que para un sujeto hay más de una manera de caer bajo el golpe de ser mortal.

Pocas cosas sabemos de Sócrates. Por muy sorprendente que parezca, este hombre del cual salió toda la tradición filosófica desde que apareció, toda la tradición filosófica llamada occidental, en fin, la nuestra, abran si quieren los quinientos volúmenes filosófico-psicológicos donde podrán ver abordado su tema, los otros casi quinientos en los que verán apreciar la fecha que constituye, el paso filosófico que aportó, no solamente no encontrarán que una sola de esas apreciaciones, de esas coordenadas, de esos balances coincida, sino que lo verán hasta oponerse punto por punto, término a término; les será imposible asegurar allí alguna certeza. No hay tema sobre el cual los eruditos, los escoliastas, no puedan divergir radicalmente. Y no es porque Platón nos de una imagen abundante al respecto, multiplicada y a veces seductora como un croquis de época, hasta como una fotografía, no es la multiplicidad de esos testimonios que agrega una sombra más de consistencia a esta figura, lo que hace que nosotros queramos interrogarlo en nuestro turno, a él, el gran cuestionador. ¡Qué misterio!

Sin embargo, hay en ese *susodicho* por excelencia lo que, gracias a quienes lo han seguido (sin duda no ha sido por azar), en ese susodicho siempre susodicho Sócrates (lo cual aquí quiere decir exactamente lo contrario, a saber, que él no se dice), hay no obstante algo... dos cosas que son irrefragables, dos maneras que no se prestan a interpretación, en lo que respecta a los dichos de Sócrates. El primero... la primera de esas dos cosas, es la voz. Voz sobre la que Sócrates nos atestigua que no era una metáfora. La voz ante la cual él dejaba de hablar para oír lo que tenía que decirle, igual que uno de nuestros alucinados. Y, cosa curiosa, aún en ese gran siglo, el XIX de la psicopatología, hubo gran moderación respecto a ese punto del diagnóstico, y en efecto, mientras no se tenga una idea realmente adecuada de lo que puede ser (¿en qué funciones entra una voz más allá de su fenómeno, qué quiere decir en el campo subjetivo?), mientras no tengamos lo que nos permite, en mi discurso, formularla como ese objetito caído del Otro, así como hay otros de esos objetos, el objeto *a*, para llamarlo por su nombre, no tenemos entonces el aparato suficiente para situar sin imprudencia la función de la voz en un caso como el de Sócrates, privilegiado en efecto. Y lo que también sabemos es que hay una relación entre este objeto *a minúscula*, cualquiera que sea, fundamental, y el deseo. Y además, por otra parte, en lo que concierne a lo que nos interesa aquí de muy cerca, a saber, si es legítimo decir si Sócrates es mortal o no, tenemos, lo cual podría decirse rápidamente, que Sócrates pidió la muerte. Es una manera breve de expresarse, también pidió que lo alimentaran en el Pritaneo en el mismo discurso, llamado *Apología de Sócrates*, y por supuesto me ahorrarán ustedes, así como también les pedía hace poco que me ahorraran otros rodeos, hacerles aquí la lectura de la *Apología de Sócrates* y del *Felón*, y tal vez también de ese pasmoso encuentro con ese cura que se llama Eutifrón, con quien estuvo justamente la víspera y del cual nadie ha acentuado nunca en

verdad lo que quiere decir que Platón haga que este encuentro tenga lugar la víspera, ni tampoco cómo fue que Platón, que en ese momento era no obstante uno de sus discípulos, no haya estado justamente ahí, ni en el proceso, ni durante la última conversación, la conversación antes de la muerte. Es posible que toda la obra de Platón sólo haya sido hecha para cubrir esta carencia.

De la solicitud de ser alimentado en el Pritaneo se hará una insolencia. Rápidamente se empieza por hacer psicología, y no quiero designar de otra forma un discurso que me impresionó en su tiempo, discurso sin duda admirable, en el que pude oír, en un lugar destacado, hablar de la última manera que me haya conmovido del proceso de Sócrates, había algo que llegaba sin embargo, que se decía: que Sócrates habría podido sin duda (digamos la palabra, el matiz tal vez está demasiado acentuado) defenderse mejor; uno puede siempre pelear, debatirse teniendo en cuenta el pensamiento de los jueces. Está ahí la idea, que anima el secreto del compromiso existencial, de que algo nos pide siempre seguir al interlocutor en su campo situacional, y ven ustedes también a dónde nos conduce esta pendiente, la pendiente del análisis que yo llamaré vulgar, aquella en la cual hace poco mi declaración de que Sócrates pedía la muerte resultaba ambigua, pronto llegaremos a decir que Sócrates la rehuyó en una temerosa agresión, o también, para los más intrépidos, que Sócrates deseaba la muerte. Sócrates deseaba la muerte. ¡Justamente no!

La tercera cosa, la que no sabemos y sobre la cual estamos en mora de aceptar o no lo que él mismo nos dijo; nos dijo que no sabía nada, que de lo único que sabía era del deseo, y que, del deseo, sabía un tanto. Sólo que, ese deseo de Sócrates... sobre el que tal vez no es exagerado decir que está en la raíz de los tres cuartos de lo que nos configura en la realidad, o lo que ustedes llaman así, a todos los que aquí estamos, ese deseo de Sócrates, el que se afirma en la *átotíta*, es el que hace que Sócrates, en su tiempo, sea aquel que interroga al amo. Y es una de las grandes ilusiones que pudo desarrollarse en torno al hecho de que la cuestión del deseo de Sócrates no se subraya y con razón; una de las grandes burlas filosóficas es identificar al amo con el deseo puro y simple. Este enfoque del amo es el enfoque del esclavo, lo cual significa que él, el esclavo, tiene un deseo. Por supuesto también el amo, pero el amo, torpe como es, no sabe nada al respecto. El amo se sostiene, y esto es lo que pesca [sic] justamente en el análisis hegeliano, se ha destacado varias veces el asunto, si el amo en Hegel es lo que Hegel nos dice, entonces ¿de dónde la sociedad de amos? Por supuesto, es insoluble... Es muy soluble de hecho, puesto que el gran apoyo del amo no es su deseo sino sus identificaciones, la principal de las cuales es la identificación con el nombre del amo, a saber, con el nombre que éste porta, bien especificado, aislado, primordial en la función del nombre, por el hecho de ser un aristócrata.

Sócrates interroga al amo sobre lo que él llama su alma. Sospecho que el punto donde lo espera, donde siempre lo vuelve a encontrar aún hasta en la impetuosa insurgencia de Trasimaco, es en el punto de su deseo, y justamente haciendo que testimonie ¿quién? El Otro por excelencia, el Otro que en su sociedad puede ser fácilmente representado por el Otro radical, aquel que no hace parte de esa sociedad, a saber, el esclavo, y ahí es... de ahí hace surgir la palabra válida. Tales son las maniobras que seguramente debían terminar claramente por provocar, independientemente de la admiración, del amor, que un personaje como Sócrates pudiese arrastrar tras de sí, terminar por provocar cierta impaciencia. Con todo, a éste ya estamos hartos de escucharlo siempre. Pero Sócrates dice esto: "no hay elección, o me dejan ser como soy, así sea ubicarme sobre la chimenea como un péndulo,

en el Pritaneo, o la muerte, lo cual, a mi edad...”, agrega. Es uno de los raros toques de humor que haya en el discurso de Sócrates, porque, como cosa curiosa, Platón es un humorista, pero nada nos dice que Sócrates lo haya sido. Es un caso muy, muy particular; Sócrates no busca en ningún caso ser chistoso, es trágico. Y además, ¿cuál es esta singularidad trágica de los últimos momentos de Sócrates?... Dejemos ese punto en suspenso, sólo es trágico al final. En todo caso, lo que nunca dijo es que él fuera un hombre. *Homo sum et nihil humanum alienum puto*, es una palabra de poeta cómico¹⁵¹, porque ya no sabemos muy bien qué hay del hombre. Una cosa es cierta: que el hombre es el cómico^v.

¿Entonces? A causa del tiempo ya no podría llevar más lejos lo que resulta de la interferencia, de la articulación de los dos círculos, “todos los hombres son mortales” y “Sócrates es mortal”. No es culpa mía si el camino es largo y si se necesita que les haga sentir todos los rodeos. Pues pueden ver bien aparecer en ambos términos, entre ese deseo enigmático y lo siguiente: que si es así, aquello a lo que llegamos, no sabemos muy bien cómo, a hablar de la pulsión de muerte y a hablar, o bien sin saber lo que queremos decir, o al contrario a rechazarla por ser muy difícil, vemos bien que es hacia allá, hacia ese punto de cita, que nos dirigimos. ¿Y qué relación, cómo deletrear lo que hay entre la demanda de muerte de un gran viviente y esta famosa pulsión de muerte que vamos a hallar tan implicada en un “todos los hombres” de una naturaleza muy diferente a la de los dos términos lógicos que ya adelanté, a saber, el *no importa cuál* o el *universal hombre*, en todos los casos el *hombre sin nombre*, y tanto más sin nombre además, porque es que lo que encontramos detrás es el inconsciente del hombre, seguramente innominado éste, por ser indeterminado.

¿Cómo vamos a poder sobreponer este espacio abierto aquí entre la conclusión de “Sócrates es mortal” y de “todos los hombres son mortales”? Hoy sólo enfocaré mi puntuación en torno a un trazo topológico. En todo caso, e independientemente de la manera como se articulen esos dos círculos, seguramente no se recubren, por estar desglosados de toda la fuerza de la reversión topológica en torno a la cual hoy hice girar el juego de mi discurso.

Puntuación que marcaré con esta línea virtual que no existe, que no está en la superficie, justamente, que es esencialmente engañosa. Es la que hace la articulación del silogismo en la menor, a saber, no en *Sócrates es un hombre*, cuya fragilidad toda acabamos de ver, sino simplemente la introducción del *es un hombre*, aquí, diametralmente [figura VI-7], en la proposición, independientemente de cuál sea: ya sea de todos los hombres son mortales en el contorno, o bien (recortándolo, si quieren, evidentemente está sugerido) *Sócrates es mortal*, teniendo como trazo de recorte común ese diámetro, que asimismo de hecho, ya que se trata de una topología y no de un espacio métrico, puede ser cualquier cuerda, ese diámetro sobre el cual inscribiremos *es un hombre*.

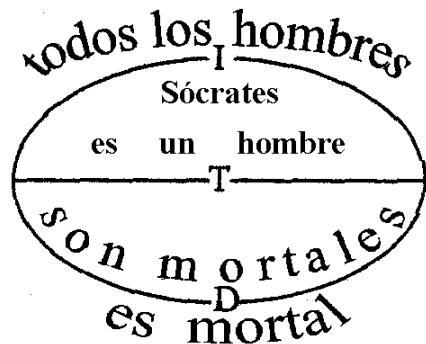


Fig. VI-7

^v O: lo cómico.

¿Qué significa que, en la medida de la heterogeneidad radical de la premisa y de la conclusión, se nos afirma y se nos propone como engaño? ¿Qué significa esta intersección de planos, entre planos que justamente no lo son puesto que ambos son huecos, huecos por naturaleza, si me permiten expresarme así? ¿Qué quiere decir esta identificación que permite ese paso falso del silogismo? ¿Qué quiere decir? Lo que quiere decir, lo ven articulado en las letras con las que marqué los tres pisos del círculo diametrado que está a la derecha abajo. La relación entre dos mitades del círculo que son, ya les dije, heterogéneas, si una es identificación la otra es demanda e inversamente. La relación entre ambas, en la medida en que es engañosa, está precisamente sostenida por ese diámetro, que no existe en ninguna parte. Puse la letra T porque allí volveremos a hallar la función de la transferencia, la función de la transferencia en tanto esencialmente ligada al otro engañado o al otro que engaña. La función de la transferencia en tanto función del engaño es aquello sobre lo cual girará la dialéctica de mi lección de febrero, las relaciones entre identificación, transferencia y demanda, en tanto se solidarizan entre tres términos, tres términos que les he entregado, pienso, familiares por mi discurso del año pasado, el término de *indeterminación*, sujeto de lo inconsciente, el término de *certeza*, como constituyente del sujeto en la experiencia, y de la mira del análisis, el término de *engaño* como la vía en la que su llamado mismo lo llama a la identificación.

Si las cosas se anudan así entre esos términos, en donde no parece que podamos hallar salida que no sea engaño, es en razón de la estructura de esos grandes bucles, de ese gran nudo que, al hacerse y conjugarse en el campo en donde se juega la partida, nos ubica, en cuanto al deseo cuyo soporte, cuya concepción, sólo puede ser la de este mismo bucle, representado por la empuñadura tórica cuyo interior intentaremos hacer hablar la próxima

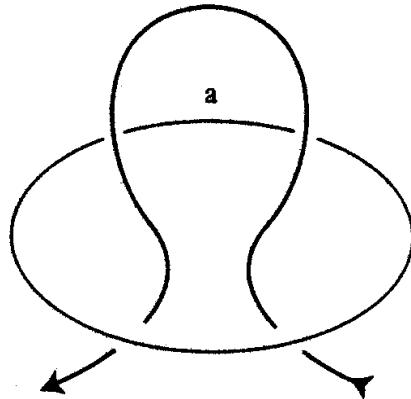


Fig. VI-8

vez. ¿No reconocen ahí, luego de mis esquemas del año pasado, este desenlace, esta salida, como espasmódica, por fuera de la hincia palpitante del inconsciente que, en el hueco mayor, en torno al cual hemos girado hoy, se abre y se cierra, el trayecto mismo de ida y vuelta de la pulsión por cuanto cerca algo que habíamos dejado en suspenso, hay que decirlo en este caso, en el vacío? Ese deseo y lo que determina (y que no deja de tener figura, que hoy se presenta al nivel de Sócrates como un enigma, y escogí mi ejemplo intencionadamente), el deseo introduce la cuarta categoría después de las otras, indeterminación, engaño, certeza; nos introduce la cuarta, que gobierna todo y que es nuestra posición misma, tan claramente articulado esto, visto, y enunciado por Freud, que es la posición misma del deseo, en tanto que determina en la realidad la categoría de lo *imposible*. Este imposible que a veces hallamos el modo de sobrepasar resolviendo lo que llamé *la partida*, partida construida, construida de manera que sea, en todos los casos y con

seguridad, perdida. ¿Cómo se puede ganar esta partida? Ese es, me parece, el problema mayor, problema crucial para el psicoanálisis.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com